

REALIDADES Y ESPEJISMOS DE LA SUPERPOTENCIA AMERICANA

Mario Wong

El jueves 20 de marzo, frente a las amenazas reales o imaginarias¹ que representaba para el mundo occidental la existencia del régimen tiránico de Saddam Hussein, se impuso el unilateralismo de la superpotencia norteamericana, que en alianza con la Gran Bretaña y otros países, previendo su rotundo fracaso diplomático en la ONU, bajo la amenaza del veto de Francia (al que se aunarían Rusia y China), desencadenaron las acciones militares devastadoras de bombardeo e invasión de Irak. El inicio de esta “guerra preventiva” es una violación de la legalidad internacional; no está de más decir que se trataba de una guerra ya anunciada, y que pone de manifiesto la concepción hobbesiana del “nuevo orden del mundo”, que han logrado imponer los neoconservadores. ¿Cómo ha sido posible esto, en el marco de la lucha de Occidente contra el islamismo radical, después del triple atentado del 11 de septiembre de 2001?

1. El “neo-conservadurismo” en el seno del gobierno norteamericano y la revisión de la doctrina estratégica de la potencia

El ataque terrorista del 11 de septiembre contra las torres del WTC y el Pentágono, un poco más de una década después de la caída del muro de Berlín y del fin de la “guerra fría”, en la que los Estados Unidos aplicaron la estrategia de “contención del comunismo”, ha conducido a una revisión de la doctrina estratégica, impulsada por los “neoconservadores”, que mejor sería llamarlos “neo-imperialistas de la democracia”. Ha sido Paul Wolfowitz, secretario adjunto de la Defensa, quien habría propuesto el concepto de “guerra preventiva”², para justificar el paso del “hegemonismo benevolente” al intervencionismo sin contención, en su forma de “imperialismo liberal” que, apoyándose en la potencia militar desigual, busca ejercerse sobre los estados u organizaciones que representen una amenaza para los EEUU y sus aliados, promoviendo, por otra parte, la democracia en el mundo³.

El sustrato teórico de este “neo-imperialismo” se lo ha brindado, entre otros, Robert Kagan, oponiendo a la visión kantiana de la “paz perpetua”, del consenso y el equilibrio post-modernista europeo, la visión histórica hobbesiana, realista, de las relaciones de fuerza de la potencia en un mundo anárquico donde no es posible fiarse de las leyes y reglas internacionales, y donde la verdadera seguridad, así como la defensa y la promoción del orden liberal, dependen, siempre, de la potencia militar y de su utilización⁴. Para Kagan, el rechazo europeo de la *Machtpolitik*, la hostilidad al uso de las armas en la política internacional, depende de la presencia de tropas americanas en el viejo continente. El nuevo orden kantiano, del cual Europa goza, no podía florecer sin el paraguas protector de la potencia americana, ejercida según las reglas del viejo orden hobbesiano. Es la potencia militar americana, la que ha permitido a Europa creer que la fuerza de las armas ya no tenía más importancia. Ironía final: como la potencia militar americana permitió resolver en su momento el problema europeo —es decir, antes que nada, la



Martín García Rivera (Puerto Rico)
Piernas Ancestrales, 1990

“cuestión alemana”— los europeos pueden pensar, hoy en día, que la superpotencia militar americana y la “cultura estratégica” que la ha creado y nutrido son cosas del pasado y peligrosas⁵.

2. La “jihad americana” y la guerra del Golfo (“fase II”)

Un sentimiento que expresa una mezcla de mesianismo y de Realpolitik, acompaña las aspiraciones de los “neo-imperialistas” en sus propósitos de redefinir el mapa del mundo, exportando la democracia, a la cual consideran un poderoso instrumento para garantizar los intereses norteamericanos. Ciertamente que, como buenos realistas, el objetivo a alcanzar, esto es la “pax americana”, presupone la utilización del poderío militar. Así se

¹ “Lo que está en juego no es una amenaza militar o terrorista eminente, sino el imperativo económico del crecimiento norteamericano [...] Lo que está en juego es la necesidad que encuentra Estados Unidos de demostrar su fuerza militar suprema a todo el mundo —a Europa, Rusia y China, a la pobre pequeña Corea del Norte presa de la locura y al Medio Oriente—, la necesidad de mostrar al país quién gobierna los Estados Unidos y quién debe ser gobernado por los Estados Unidos en el extranjero”. (Ver John Le Carré, “*Les véritables enjeux d’une guerre planifiée. Confessions d’un terroriste*”; *Le Monde*, 2, febrero de 2003, “*La fin des dictateurs?*”, p. 53).

² Principio que justifica el paso a la acción de la potencia militar como una cuestión de sentido común y autodefensa, frente a toda amenaza a la seguridad de EEUU; así el infame R. Perle, consejero político del Pentágono, haciendo extensiva la interpretación de este principio para justificar la guerra contra Irak, sostiene que: “Si estuviésemos a punto de ser atacados, todo el mundo nos otorgaría ese derecho. ¿Acaso tenemos que llegar a eso para recién actuar?” (Citado por Florence Kuntz, *Faut-il Détruire Bagdad. Journal d’une guerre annoncée*; Ed. du Rocher, Mónaco, 2003, p. 103).

³ Daniel Vernet, “*Le dilemme européen*”, *Commentaire*, N° 100 / invierno 2002-2003, p. 803.

⁴ Robert Kagan, “*Puissance et faiblesse*”, *Commentaire*, N° 99 / otoño 2002, p. 517.

⁵ *Ibidem*, p. 532.

desató una intensa campaña de manipulación mediática, que ha hecho uso del miedo de la población contra las armas de destrucción masiva, en la que han intervenido el magnate de la TV Richard Murdoch, el *Weekly Standard*, el *Wall Street Journal* y otros órganos de prensa en los que tienen influencia los neoconservadores, para justificar la intervención armada “preventiva” en Irak.

Es así que la intervención EEUU en Irak ha sido promovida por los neoconservadores más consecuentes. Entre ellos se encuentran Richard Perle, quien dirige el Defense Policy Board, un órgano consultivo del Pentágono; el mismo Paul Wolfowitz, quien es el segundo secretario adjunto del Ministerio de la Defensa; Robert Bartley y William Kristol, periodistas, el primero, editorialista del *Wall Street Journal* y el segundo dirige *The Weekly Standard*; Condoleezza Rice, quien se encuentra a la cabeza del Consejo Nacional de Seguridad; Richard “Dick” Cheney, quien ocupa la vicepresidencia; Donald Rumsfeld, ministro de Defensa, y otros, entre los cuales se hallan, también, antiguos miembros del Partido Demócrata, como Eugene Rostow, que se alinearon a la política agresiva de Reagan contra el comunismo. Esto no es sino el comienzo de una “cruzada civilizadora” para “aportar” la democracia al conjunto del Medio Oriente, “ya sea por el contagio de la virtud si es posible, o por la fuerza de las armas si es necesario”⁶; la democracia, en esta guerra del Golfo-“Fase II” (la “Fase I” ha sido la guerra de Afganistán, y la “Fase III” bien podría ser la guerra contra Irán, o Corea del Norte, países considerados por los Estados Unidos como parte del “eje del mal”⁷, o también contra Siria, Sudán, Libia, Arabia Saudita, Cuba, Colombia etc., varios de los cuales aparecen a los ojos de Washington como “rogue states”⁸) constituye, pues —al decir de P. Wolfowitz—, un instrumento poderoso para incrementar el capital simbólico de la dominación hegemónica norteamericana, sobre todo después de la caída de las torres gemelas del WTC y el ataque al Pentágono por los miembros de Al-Qaeda.

Es la imagen de la superpotencia EEUU, occidental liberal, y puede decirse judeo-cristiana, la que se encuentra en juego; ciertamente, esto en pleno acuerdo con el complejo tecnológico-industrial de la fabricación de armas y de los lobbys de las compañías petroleras, muy bien representados por la presencia de los neoconservadores en el gobierno norteamericano. Con el fin de la “guerra fría” se trataba de mantener la disparidad militar y, más aún, de acentuar la dominación mundial de la superpotencia hegemónica. Los Estados Unidos, como la expresión más avanzada de la sociedad capitalista liberal triunfante —de la empresa libre, la economía de mercado y la responsabilidad individual, etc.—, asumía la defensa del “nuevo orden” y se reservaba el derecho de ingerencia e intervención armada.

3. La jīhad islámica y el “nuevo orden” EEUU

El traumatismo del 11 de septiembre para los norteamericanos, que hizo posible que el gobierno de George W. Bush obtuviese plenos poderes (lo que en el orden de la legalidad democrática expresa una forma de golpe de Estado), y que, asesorado por los neoconservadores, elevase el terrorismo al estatuto de fuerza mundial beligerante, ha conllevado la declaración de un estado de guerra permanente. Después de los casi 50 años de “guerra fría”, a partir del triple ataque terrorista, atribuido a Al-Qaeda, la organización de Bin Laden, EE.UU. encontró al “enemigo

El sustrato teórico de este “neo-imperialismo” opone a la visión kantiana de la “paz perpetua”, del consenso y el equilibrio post-modernista europeo, la visión histórica hobbesiana

providencial” de su “nueva guerra de los cien años”; planteado el terrorismo de los grupos radicales de la jīhad islámica como el “problema estratégico mayor”⁹, la consecuencia de esta política para la superpotencia hegemónica ha sido el paso a algo como una forma de toma efectiva del poder mundial, interviniendo directamente en las regiones geopolíticas claves del sistema de dominación: Asia Central, con la intervención en Afganistán (y la serie de bases militares norteamericanas en los países musulmanes pertenecientes a la ex-U.R.S.S.), y en el Medio Oriente, con su intervención, ahora, en Irak.

Con la irrupción del movimiento islamista radical a nivel internacional, parecería que lo que está en juego en este tipo de conflicto, esto es en la esfera de lo político (de la relación “amigo-enemigo”, según la concepción “teológica-política” schmittiana¹⁰, ha devenido del orden de lo “religioso”¹¹; con Al-Qaeda y la declaración de la jīhad al “gran Satán”, EEUU y sus aliados, podríamos pensar que se asiste a la aplicación de una estrategia propiamente política dentro del fundamentalismo radical, en el que, paradójicamente, la política se identifica a la religión y el activismo se concibe como un deber religioso. Pero, ¿estamos, realmente, frente a una “guerra de religiones” (lo que confirmaría la tesis “choque de civilizaciones”¹²? Dentro del contexto geopolítico —más allá del martilleo mediático después del 11 de septiembre (declaraciones de George W. Bush, videos de Bin

⁶ “Esos neoconservadores no son solamente *dés va-t-en guerre*. Son, también, una especie de neokantianos, en la medida en que la democratización del Medio Oriente se les presenta en el límite como la única garantía de estabilidad y de paz. Ya en el momento de la guerra en Kosovo, Tony Blair había hablado de un “nuevo internacionalismo”, ése de los derechos del hombre que las democracias occidentales estaban encargadas de promover en todos los lugares en que eran pisoteados” (D. Vernet, artículo citado, pp. 803-804).

⁷ Discurso de George W. Bush a los Estados de la Unión.

⁸ Según N. Chomsky, un “Estado ‘bribón’ no es solamente un Estado criminal, es sobre todo un Estado que desafía las órdenes de los poderosos, de las cuales ellos mismos, naturalmente, se absuelven.” (Ver F. Kuntz, op. cit., pp.43-44). En la promoción de la guerra EEUU contra los *rogue states*, “podemos preguntarnos sobre la lista de los próximos blancos norteamericanos. ¿Sudán? ¿Colombia? ¿Malasia? ¿Filipinas? La lista puede ser larga en tanto que el Presidente Bush no se ha detenido en ninguna definición global del terrorismo. Los Estados incriminados, ¿son únicamente aquellos que propagan el islamismo radical? ¿Se hallan en la mira aquí, todos los que ponen bombas, cualquiera que fuese la causa que ellos sostienen? ¿Y quid de Inglaterra, que en nombre del liberalismo anglosajón abriga una poderosa comunidad islámica, verdadera retaguardia del terrorismo religioso en Europa, poéticamente denominada Londonistán? ¿Quid de Arabia Saudita, patria del wahhabismo, que aporta al mismo tiempo la doctrina y el dinero al terrorismo? ¿Se puede ignorar que quince de los diecinueve piratas del aire del 11 de septiembre eran sauditas?” (*Ibid* y también pp. 27-28).

⁹ Aquí discrepo de Emmanuel Todd, que piensa que el terrorismo islámico es una cuestión de la “crisis de transición” del mundo musulmán, y que no plantea un problema estratégico mayor (Ver *Entretien, Le Figaro*, sábado 5 - domingo 6 de abril 2003, p. 13).

¹⁰ Carl Schmitt, *La Notion de politique*, Paris, Calmann-Lévy, 1989.

Laden, etc.)—, la “guerra del Golfo-Fase II” aparece como una guerra de agresión que pone de manifiesto las tendencias hegemónicas imperiales de EEUU que, a mi manera de ver, en cuanto situación compleja en que se superponen, como discursos, lo geopolítico y lo religioso, no tiene que ver con las ya clásicas confrontaciones armadas, que obedecían a la luchas por las esferas de influencias de las potencias, en los inicios de la era moderna¹³.

Dentro del mundo islámico, “la cuestión chiíta” sigue siendo una de las líneas de fractura política del Irak; este país es de lejos el que juega un rol mayor dentro del chiísmo, porque es allí donde se encuentran los principales santuarios de esta manifestación del Islam. En esta guerra de agresión, librada por la coalición anglo-americana, el problema chiíta puede terminar convirtiéndose en una línea de fractura territorial del equilibrio precario, frágil e inestable, impuesto por el mundo occidental en toda esta zona del Golfo Pérsico¹⁴, tomando en cuenta que: “El sur de Irak, Irán y la región de Hasa de Arabia Saudita se hallan completamente pobladas de chiítas, como también toda la parte noreste y noroeste del Golfo, precisamente las zonas en que se encuentran concentradas las riquezas en hidrocarburos”¹⁵. Mas para los “neo-imperialistas”, que se mueven con la concepción del “caos creador”¹⁶, no es ciertamente la estabilidad de la región lo que debe estar en el centro de mira de la política hegemónica del “nuevo orden” de EEUU.

¹³ Así, no es de sorprenderse que una alta autoridad religiosa chiíta haya emitido una fatwa contra todos aquellos que apoyen a los enemigos de Irak, pertenecientes a la coalición anglo-americana; o que Régis Debray, el filósofo francés que participó en la guerrilla del Che Guevara, afirme que: “Después de dos siglos de leales y sangrientos servicios, la política como religión expira, y la religión como política renace”. (Del libro *Le Feu Sacré*; cita tomada del artículo de Jérôme Cordelier, “Dieu et la guerre”, *Le Point*, N° 1594, 4 Avril 2003, p. 69.)

¹² Samuel P. Huntington, *Le choc des civilisations*, Paris, Ed. Odile Jacob, 1997.

¹³ Si bien estoy de acuerdo con el enfoque global de Saleh Bachir, en cuanto al “choc des civilisations”, discrepo en este punto con él (ver su artículo en *Courier International*, p.10).

¹⁴ André Dulait y François Thual, Bagdad 2000, *L’Avenir géopolitique de l’Irak*; Paris, Éditions, p. 22.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Michael Ledeen, implicado en el Irangate, sostiene que: “La búsqueda de estabilidad sería indigna de los Estados Unidos. Nuestro país es éste de la destrucción creadora. Nosotros no queremos la estabilidad en Irán, Irak, en Siria o Líbano, ni aún en Arabia Saudita... La cuestión es saber cómo desestabilizar esos países. Nosotros debemos destruirlos para realizar nuestra misión histórica”. (Ver Ibrahim Warde, “L’ordre américain, coûte que coûte”, *Le Monde Diplomatique*, abril de 2003, p.21).

¹⁷ “...Los unilateralistas, quienes tienen fuertes lazos con sectores importantes del capital norteamericano, principalmente en la industria petrolera y en las finanzas internacionales, pueden ser llevados, algunas veces, a oponerse a los intereses económicos. Las empresas norteamericanas ven a China como un mercado actual y potencial de dimensión considerable, y la industria petrolera es apenas entusiasta cuando se trata del apoyo a Israel, y de poner así sus inversiones en peligro en esta región. Pero cuando la seguridad nacional está en juego a largo plazo, la élite de los negocios externos se halla presta a sacrificar sus intereses, obteniendo en compensación beneficios, provenientes de los enormes gastos necesarios vinculados a un estado de guerra permanente”. (Ver Norman Birbaum, “Où va l’Amérique?”, *Études*, Novembre 2002, pp. 447-448.)

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 451.

²⁰ Jean Daniel, “L’éditorial”, *Le Nouvel Observateur*, N° 1995, du 30 Janvier au 5 Février 2003, pp. 42-43.

Estados Unidos, como la expresión más avanzada de la sociedad capitalista liberal triunfante —de la empresa libre, la economía de mercado y la responsabilidad individual—, asumía la defensa del “nuevo orden” y se reservaba el derecho de ingerencia e intervención armada

4. La lógica del “imperio”: de la guerra de agresión y de la gobernabilidad del mundo

No se trata, pues, de que obedeciendo a la lógica del “imperio” (de acuerdo a las tesis de R. Kagan), la potencia se ejerza y se imponga, violando las reglas del orden internacional; así sólo se abren las puertas de los conflictos latentes, que pueden derivar en una escalada de guerras sin término, colocando al mundo al borde del abismo. Desde este punto de vista, se hacen necesarios cambios radicales dentro del *establishment* político norteamericano, que conduzcan al abandono de las políticas unilateralistas¹⁷, y en consecuencia, aunque pueda parecernos utópico, al desarme de los Estados Unidos. Así, la posición de la diplomacia francesa al interior de Europa, en lo que respecta a la “crisis de Irak”, ha jugado un rol muy importante, cuyos alcances han de hacerse sentir en el mediano plazo.

El 11 de septiembre, con la declaración de la guerra al terrorismo y la orden del Presidente Bush, dirigida al mundo (y a la nación americana): “o están con nosotros o están contra nosotros”, se desató en los EEUU “una llamarada de beligerancia, de patriotismo y de orgullo herido que no se manifestaba sin una cierta autocompasión narcisística”¹⁸, que permitió a los neoconservadores y a los miembros de la derecha cristiana protestante, fundamentalista, estos últimos partidarios del orden, obtener un triunfo real, aunque al parecer temporal¹⁹. Es claro que el discurso del “nuevo orden hegemónico de EEUU”, que es una característica de esta gran nación, como lo señalara ya Tocqueville, ha venido acompañado siempre de la fe en su excepcionalidad y del sentimiento profundo de tener una misión mundial. La administración Bush asume así una transubstanciación mesiánica, vinculada a la ideología protestante, que en su guerra contra el “terrorismo”²⁰, en la lucha del “bien” contra el “mal”, de la exportación guerrera de la libertad y la democracia, se convierte en una tentativa de reordenamiento del mundo, evidentemente para mantener el rol hegemónico de la superpotencia, la cual, como lo ha mostrado la “crisis iraquí”, encuentra múltiples resistencias. En este sentido, la oposición externa a dicha hegemonía, en sus manifestaciones unilaterales y de imposición imperial, debe conducir, sin ninguna duda, a partir de la presión de la opinión pública mundial y de amplios sectores de resistencia a la guerra al interior de los Estados Unidos, a cambios políticos en el mediano o largo plazo. Va en esto el fortalecimiento de la alternativa de paz, que conlleve la gobernabilidad a nivel mundial, bajo una O.N.U. reformada que resuelva los verdaderos problemas que enfrenta la humanidad en este comienzo del tercer milenio.

Paris, 9 de abril de 2003 ☒

Mario Wong, Escritor peruano, residente en Paris desde hace más de una década. Es autor de la novela *El testamento de la tormenta* y de varios poemarios. Es corresponsal de *Archipiélago* en Francia.